26-Enero. Santos Timoteo y Tito

«Después de esto, designó el Señor a otros setenta y dos, los envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar a donde él había de ir. Y les decía: «La mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al señor de la mies que envíe obreros a su mies. id: he aquí que yo os envío como corderos en medio de lobos. No llevéis bolsa ni alforja ni sandalias, y no saludéis a nadie por el camino. En la casa en que entréis decid primero: "Paz a esta casa". Y si allí hubiera algún hijo de paz, descansará sobre él vuestra paz; de lo contrario, retornará a vosotros. Permaneced en la misma casa comiendo y bebiendo de lo que tengan, pues el que trabaja es merecedor de su salario. No vayáis de casa en casa. Y en aquella ciudad donde entréis y os reciban, comed lo que os pongan; curad a los enfermos que haya en ella. Y decidles: "El Reino de Dios está cerca de vosotros». (Lucas 10,1-9)

1º. Jesús, te apoyas en estos setenta y dos discípulos para que te preparen el terreno en toda ciudad a donde ibas a ir.

Estos discípulos te han seguido en tus últimos viajes y han aprendido la buena nueva directamente de tus labios.

Ahora, cuando los necesitas, allí están, dispuestos a lo que haga falta.

Estos son los que han respondido con generosidad a tu llamada; los que no se han excusado con falsas necesidades o dificultades.

Jesús, aunque son un buen número -setenta y dos- te parecen pocos: **«la mies es mucha, pero los obreros pocos».**

Después de dos mil años, ¡aún queda tanto por hacer!

Países enteros que se llaman cristianos y que no conocen de Ti más que una oscura sombra de tu rostro.

Y países inmensos aún por cristianizar.

Realmente **«los obreros son pocos».**

¿Qué puedo hacer yo, Jesús, ante este panorama?

Para empezar, no excusarme yo el primero, preguntándote en la intimidad de mi oración: ¿qué lugar tengo en esta gran misión de anunciar la buena nueva del Evangelio?, ¿dónde te puedo servir mejor en esta mies -en este campo- que es el mundo?

Y luego, he de rezar más: **«Rogad, pues, al señor de la mies que envíe obreros a su mies».**

Dios mío, llama más gente a que te sirva en esta batalla de paz, en esta siembra de amor.

«Nado hay más frío que un cristiano despreocupado de la salvación ajena. No puedes aducir tu pobreza como pretexto. La que dio sus monedas te acusará. El mismo Pedro dijo: No tengo oro ni plata. Y Pablo era tan pobre que muchas veces padecía hambre y carecía de lo necesario para vivir; Tú no puedes pretextar tu humilde origen: ellos eran también personas humildes, de modesta condición. Ni la ignorancia te servirá de excuso: ellos eran todos hombres sin letras. Seas esclavo o fugitivo, puedes cumplir lo que de ti depende. Tal fue Onésimo, y mira cuál fue su vocación. No aduzcas la enfermedad como pretexto, Timoteo estaba sometido a frecuentes achaques. Cada uno puede ser útil a su prójimo, si quiere hacer lo que puede» (San Juan Crisóstomo).

2º. Tienes obligación de llegarte a los que te rodean, de sacudirles de su modorra, de abrir horizontes diferentes y amplios a su existencia aburguesada y egoísta, de complicarles santamente la vida, de hacer que se olviden de si mismos y que comprendan los problemas de los demás.

Si no, no eres buen hermano de tus hermanos los hombres, que están necesitados de ese «gaudium cum pace» de esta alegría y esta paz, que quizá no conocen o han olvidado» (Forja 900).

Jesús, como a esos setenta y dos discípulos, también hoy llamas a los cristianos -a mí- y nos envías **«como corderos en medio de lobos».**

En un mundo de luchas egoístas y comportamiento oportunista -que en vez de hombres produce lobos hambrientos- Tú me muestras otro modelo: Tú mismo, que eres **«el cordero de Dios».**

El mundo de lobos está dominado por la astucia, la desconfianza y la traición.

Por el contrario, tu mundo es un mundo de paz: **«paz a esta casa.»**

Jesús, si quiero ser hijo de Dios, he de ser «hijo de paz»; promotor del entendimiento y del perdón, *hermano de mis hermanos los hombres.*

Ésta es precisamente la tarea del apóstol a la que me llamas: *abrir horizontes diferentes y amplios a la existencia aburguesada y egoísta* de los que me rodean.

Y para ello, el primero que debe cambiar soy yo, olvidándome de mí mismo para atender los problemas de los demás.

Esta meditación está tomada de: “Una cita con Dios” de Pablo Cardona. Tiempo ordinario. Ediciones Universidad de Navarra. S. A. Pamplona.